



► 21 Octubre, 2014

Francisco RODRÍGUEZ
 ADRADOS



El viernes celebramos el nacimiento, el nuevo nacimiento, del Diccionario de la Lengua Española: yo asistí, en la Academia, casi como principiante, a la gestación y lanzamiento de la edición 22, en 2001; quedamos ya pocos académicos de los de entonces. Ahora ha sido la 23, en 2014. Bajo la presidencia de nuestro Rey, de imagen gallarda y buen lenguaje. ¡Le había visto y saludado la víspera, en la inauguración del curso de las Academias! Venía de Holanda. Una vida esforzada.

Creo que el Diccionario ha satisfecho la expectativa de todos, de esto se ha escrito también algunas frivolidades. Y allí estábamos todos, se borraban las diferencias ante algo que nos es común, la lengua nuestra, los de España y América. Nuestros amigos de allá, con los que, a un lado y otro del Atlántico, tenemos trato frecuente. Y aún, cabe al Pacífico, con los de Japón y Corea. Voy a echar, también yo, mi cuarto a espadas. Y hacer unos elogios que considero justos. Lo primero, algo tradicional: que el Diccionario diga «la lengua española», no «la castellana». Gran honor para Castilla, que hizo que todos vinieran a su lengua, era importante para ellos, fueron a buscarla, no se la impuso nadie con la espada, que dijo aquel señor. Gran error de nuestra Constitución cuando dice que la lengua oficial de España es el castellano, en vez de decir el español, contra las gestiones de nuestra Academia y, en su nombre, de su director de entonces, Don Dámaso.

Español, no castellano

Nació nuestra lengua en Castilla, cierto, la hablaba Mío Cid, un gran honor, hoy la hablamos todos, hasta los pocos que la odian, transformada en español. Es la lengua común. Nos une. Como el francés o el italiano o el alemán o el ruso, lenguas todas de orígenes locales, unen a esas naciones. Es mi primer elogio: el Diccionario es un volumen hermoso, casi principesco, y durará tanto, al menos, como su anterior hermano. Algunos querían sustituirlo por una pantalla y unos cuantos botones. Eso ya existe, introduce pequeños cambios. Pero la consagración pública es en su ves-

Diccionario: unidad en la diversidad



Jesús G. Feria

Trece años después, el Diccionario se reedita; ya van 23 ediciones

tido de gala, que se renueva en cada edición solemne pasados muchos años. Que no nos lo quiten con motivos o pretextos económicos. Yo sufrí mucho cuando, tras dejar la dirección de la «Revista Española de Lingüística» (no de Lingüística Española: española y de Lingüística, en general, aclaro), que yo había fundado, la pasaron a la informática, tras cerca de 50 años. Casi lloro

cuando veo en mi librería la hermosa serie de sus volúmenes y luego el hueco de su ausencia, como el de una mujer amada. Igual me pasa con publicaciones varias. Siempre con los mismos argumentos o pretextos. A estos grandes Diccionarios—como los de Griego y Latín de los hermanos Etienne, en Ginebra, predecesores del nuestro, herederos todos de los griegos y latinos—los llamaban mamotretos: es decir, criados por su abuela, parece que las abuelas criaban niños gordos. Pues sigue este lujo de los grandes diccionarios. Claro que las lenguas cambian, pero suavemente. Y los diccionarios se inventaron, sobre todo, para la lengua

escrita y el cambio no aturullante. Hablar, ya hablábamos. Decíamos cojonudo, esa gran novedad que señalan los periódicos. El Diccionario no ha hecho otra cosa que recogerlo, abrirle las puertas de la lengua escrita. Pero vuelvo a las lenguas comunes. Son necesarias, no se oponen a las locales, pero algo ha de haber que nos una. ¡Qué error el de los frailes en

América, se mataban aprendiendo las lenguas indígenas (las describían en pintorescas Gramáticas con declinaciones calçadas de las latinas)! Lograron, sí, expandir el quechua y el guaraní y el nahuatl, pero siempre en límites estrechos. El pueblo fue más sabio: aprendió el castellano, hoy español, que valía

para todos. Y no quitaba el alma a nadie. Da pena ver el desvarío de esos agit-prop catalanes que quieren entontecer al pueblo y meterlo en callejones sin salida. Y atropellan al español, que era y es su lengua, sobre todo su lengua escrita y universal: castellana y catalana y europea y americana, vale por todas. Todo para ser

«Los grandes diccionarios, más allá de la pantalla, son aún necesarios»

ellos ministros y embajadores y demás (el poder ya lo tienen, por desgracia). ¡Cuánta insensatez, cuánto daño a su pueblo, cuánto esfuerzo vano! ¡Y tanto daño a España, es decir, a sí mismos!

En fin, viendo su semiabandono del 9 de noviembre, pensamos que el señor Mas quizá no esté tan loco, que sea reconducible. Otros, ni creo que eso. Ni ese señor ni muchos otros han entendido lo que son las lenguas comunes, lo que aportan a la vida y libertad del hombre. Y su esqueleto, la Gramática, es, aunque con excepciones, rígido: cuando se rompe es que nace otra lengua. El léxico es más flexible: se adapta al cambio, con tal de que sea al tiempo tradicional y flexible cambiante: une el pasado y el presente, a veces el futuro. Pero lucha por mantener la unidad posible en el tiempo: en el presente y, en lo posible, en el futuro.

Espejo y radiografía del hombre

Los diccionarios, los grandes diccionarios, pueden convivir con las noticias que nos traen las novedades en las pantallas, pero siguen siendo necesarios. Traen una especie de espejo o de radiografía de la vida del hombre, del ambiente en que vive, de su pasado y su presente, de cosas antiguas que siguen presentes, repiten, recuerdan, copian. Son el gran espejo de la lengua, su vestidura de gala. Y este nuestro de ahora, que recoge el léxico de tantos millones de hombres (y de mujeres y niños y locos y cuerdos, sabios e ignorantes) es un ejemplo maravilloso de la unidad en la diversidad, a través de los tiempos y de los océanos, de las ideas y de los varios mundos del hombre, también. Continúa una herencia que viene de cuando la lengua se hizo escrita, allá en Sumeria y Egipto: Era una cosa práctica y la perfeccionaron griegos y romanos y luego renacentes y católicos y protestantes y los ilustrados y luego todos los demás. España fue, en la Edad Moderna, la pionera de los diccionarios en Europa—y en América. Fue Nebrija el que abrió este camino. En él continuamos. Y no querría dejar de citar, también aquí, en España, el Diccionario Griego-Español que hacemos, el más amplio y al día en todo el mundo—una labor muy dura—de una lengua que nos dio el modelo de todas las Ciencias, también las de la lengua—y los diccionarios. Creo que merece ayuda.

*De la Real Academia Española